

creadas por nuestras prácticas lingüísticas), mientras que el capítulo doce (Naomi Scheman: *Forms of life: Mapping the rough ground*) ahonda en la idea que está detrás de este Idealismo Lingüístico: son las “formas de vida” comunes (el *liebensewelt* de Husserl, salvando las distancias) las que soportan toda racionalidad y toda normatividad presente en la actividad y producción humana. El capítulo trece (Michel Kober: *Certainties of a world-picture: The epistemological investigations of On Certainty*) presenta la crítica al escepticismo recogida en la pequeña obra *Sobre la certeza*. El último capítulo (David G. Stern: *The self Wittgenstein's Philosophy*) resulta especialmente atractivo para los historiadores de la filosofía así como los muchos “wittgensteinólogos” que abundan dentro y fuera de las fronteras peninsulares. A modo de conclusión del heterogéneo ramillete de temas y cuestiones abordadas a lo largo de las cuatrocientas páginas precedentes, Stern se pregunta si es posible hablar de una filosofía de Wittgenstein, si existe algo como un sistema de pensamientos medianamente homogéneo distinguible a lo largo de los cambiantes puntos de vista y opiniones diversas que aparecen en sus escritos. Stern se opone a la rotunda respuesta positiva de estudiosos como David Pole (*Wittgenstein's later philosophy*), considerando, con Stanley Cavell's (*The availability of Wittgenstein's Later Philosophy*) que es no sólo el temperamento filosófico de Wittgenstein sino también su propia concepción del quehacer filosófico a medio camino entre la teorización y la vida ordinaria, el que le lleva, tras el fallido intento del *Tractatus*, a rechazar exposiciones sistemáticas de corpus de pensamientos en aras de un estilo dialogante, informal, más próximo a la confesión o el comentario que al discurso filosófico.

Una atractiva colección de trabajos sobre Wittgenstein, en definitiva, interesante no sólo como “libro de compañía” para quien se quiera introducir por primera (o segunda, o tercera) vez en el mundo del filósofo austríaco, sino también para el investigador que desee obtener un cuadro fiel de cuál es el “estado del arte” en lo que se refiere al estudio de este peculiar pensador.

Javier VILANOVA

GARCÍA CARPINTERO, Manuel, *Las palabras, las ideas y las cosas. Una presentación de la filosofía del lenguaje*. Ariel Filosofía. Barcelona 1996. 562 págs.

La colección de filosofía de la editorial Ariel da cobijo a un nuevo manual introductorio a la Filosofía del Lenguaje pensado y elaborado por un profesor e investigador español. Y, si bien el apartado bibliográfico de obras introductorias está, afortunadamente, más que satisfactoriamente cubierto en el ámbito nacional (basten como ejemplos la obra ya clásica de Hierro Pescador, la escueta pero inmensamente útil introducción de Juan José Acero, Eduardo Bustos y Daniel Quesada, o el “enciclopédico” manual, también reciente, de García Suarez), no por ello deja de ser

bien recibida esta aportación que surge desde la Universidad de Barcelona de la mano del profesor Manuel García Carpintero. A este respecto, posiblemente el punto fuerte de esta *presentación de la filosofía lenguaje* sea la opción tomada de concentrar la exposición en una selección de temas clave de la disciplina. En vez de los habituales despliegues analíticos “omniabarcadores” que son la moneda habitual en las introducciones temáticas, García Carpintero opta por desarrollar de forma prolija y minuciosa una serie de teorías y problemas representativos, alcanzando, de este modo, un nivel de profundidad que por momentos supera con creces el estándar que se le supone a una obra de carácter introductorio. Las ventajas que reporta haber seguido esta estrategia son obvias: el lector (o el alumno) tiene la certeza de que siguiendo reflexivamente el discurso del autor podrá entender y comprender los temas tratados, y al acabar la lectura del libro, habrá traspasado la “cascara” del planteamiento superficial, y alcanzando el “corazón” del problema. A este respecto, hay que destacar la brillantez y rigurosidad del estilo explicativo del profesor García Carpintero: sus planteamientos del problema son siempre originales y clarificadores, quien se ha preocupado más por exponer con rigurosidad los temas (adoptando, para ello, las más de las veces puntos de vista completamente personales) que por seguir al pie de la letra el discurso del propio autor o autores de la teoría. Las desventajas son también evidentes: el refrán dice que quien mucho abraza poco aprieta, pero aquí podemos darle perfectamente la vuelta. Quedan fuera del alcance del libro temas, autores y teorías fundamentales, como pueden ser la tensión entre lenguaje formales y lenguajes naturales, la semántica intensionalista, las concepciones de la verdad, o el problema de la identidad (y autores tan eminentes como Carnap, Tarski, Kripke o Chomsky). Por todo ello me atrevo a juzgar el libro especialmente idóneo para lectores que, teniendo un conocimiento panorámico pero somero de la Filosofía del Lenguaje, deseen dar un paso adelante en profundidad y comprensión de los “misterios de la lengua”. En este sentido, creo que su uso como manual encontraría su lugar natural no tanto en un primer curso introductorio de Filosofía del Lenguaje, sino en un segundo curso de ampliación, o incluso en monográficos dirigidos a alumnos de segundo o tercer ciclo.

Con respecto a los tópicos que sí han sido incluidos en el libro, hay que destacar nuevamente la cuidadosa preparación del autor de los contenidos con vistas a su poder explicativo, que se revela una vez más en la secuenciación de los temas. Tras un primer capítulo introductorio en el que se examina el valor epistemológico de las teorías lingüísticas, así como los principales temas de estudio de la Filosofía del Lenguaje, se ejemplifica el tipo de modelos explicativos que proporciona la Filosofía del Lenguaje mediante un objeto de estudio (aparentemente) sencillo, pero que muchas veces se pasa por alto con el simple expediente de la definición de uso y mención. Acierta el autor al poner en cuestión la concepción naif de las citas tácitamente asumida por todos los autores, y que no es otra que la teoría que propugna y utiliza Tarski al construir su semántica científica y que posteriormente popularizó

Quine: la teoría que dice que una expresión entre comillas es un nombre específico (e indescomponible) de una cierta expresión, a saber, la expresión que aparece precisamente entrecomillada. Desde mi punto de vista, también constituye un acierto la inclusión de autores y obras de filosofía “clásica” como San Agustín, Locke o Hume. La insistencia en el “giro lingüístico” del siglo XX, el hecho de que se comience por un autor en el filo del siglo pasado como es Frege el estudio de una disciplina cuyos contenidos han sido elaborados mayoritariamente por autores contemporáneos, produce la mayor de las veces en el neófito la impresión de hallarse ante un saber “extraño”, un tanto artificioso, que se han “sacado de la manga” los ariscos filósofos autobautizados analíticos. A este respecto, cosas como el capítulo dedicado íntegramente a la teoría de la ideas y la concepción del lenguaje de Locke, con una correcta actualización del pensamiento del filósofo inglés, ayudan a contextualizar los problemas y teorías dentro de la tradición filosófica de la que, en definitiva, provienen (incidentalmente: la interesante *Introducción Histórica a la Filosofía del Lenguaje* de Eduardo Bustos sirve satisfactoriamente para este propósito).

El libro, tras una breve incursión en los presupuestos ontológicos de las teorías sobre el lenguaje, prosigue exponiendo el trabajo seminal de la disciplina recogido en la obra de Gotlob Frege para, a continuación, detenerse en el filósofo que más al pie de la letra se ha tomado el dictum fregeano de que el significado de una expresión es su extensión: Bertrand Russell. El autor examina los pros y los contras de su teoría de las descripciones, explicando además la concepción del lenguaje que se encuentra detrás del análisis russelliano. A continuación, se dedican dos capítulos a la exégesis de una de las obras más oscuras y polémicas de la filosofía actual: el *Tractatus* de Wittgenstein. A mi juicio, estos dos capítulos son los más brillantes de la obra. Resulta muy difícil hacer accesible el aparentemente intrincado pensamiento de Wittgenstein al que no es experto, y García Carpintero no sólo logra abrir esa vía de acceso, sino que además consigue hacerlo sin alterar en nada la simplicidad de la teoría wittgensteana que, a la postre, es su cualidad fundamental.

Una vez expuesta la teoría estándar del significado del positivismo lógico, se exponen dos de las objeciones principales que se plantearon en torno a la misma: la crítica a los lenguajes privados del segundo Wittgenstein, y el argumento de Quine contra las nociones de analiticidad y de significado incluido en su defensa de la indeterminación de la traducción radical. La última parte del libro se consagra a los enfoques pragmáticos del lenguaje, donde, según García Carpintero se produce una síntesis entre el enfoque mentalista del positivismo lógico y el enfoque conductista de Quine y el segundo Wittgenstein. Se cierra, de este modo, al hilo de las propuestas de Austin, Searle y Grice, el círculo explicativo y con él la presentación de los métodos, problemas y teorías de la Filosofía del Lenguaje. Como se vé, la selección de García carpintero es bastante representativa, si bien se echa de menos, en mi opinión, la inclusión de algunas concepciones y teorías más modernas (el grueso del libro se dedica a teorías de principios de siglo, perteneciendo las teorías más modernas de las

explicadas, las de Grice, a la década de los sesenta). Pienso que algún capítulo dedicado a las teorías causales de la referencia, a la semántica de situaciones o la teoría del rol conceptual, por poner algún ejemplo, hubiera sido conveniente.

Un manual excelente, en definitiva, recomendable no sólo para el neófito sino también para el conocedor.

Javier VILANOVA

FOLLON J., (*"Suivre la Divinité"*). *Introduction à l'esprit de la philosophie ancienne*, Éditions Peeters, Louvain-Paris 1997, 227 págs.

Los ocho capítulos centrales de esta densa, aunque breve, obra, están dedicados a los más conspicuos autores y escuelas de la filosofía griega. Los cuatro primeros tratan de los presocráticos, los tres siguientes se ocupan de Sócrates, Platón y Aristóteles junto a las escuelas que fundaron. El último se ocupa los estoicos, epicúreos y escépticos, es decir, de las principales escuelas helenísticas. Aunque el autor tiene una intención muy determinada, que se presenta en la amplia introducción, estos capítulos constituyen un excelente resumen del pensamiento antiguo, de indudable utilidad para quien desee penetrar en su dominio. No en vano nació este libro de cursos impartidos en la Universidad de Lovaina. Le da término una conclusión, también extensa, sobre la filosofía romana, que se centra en la confrontación de las sectas filosóficas con el cristianismo.

Incongruente se antojará a la opinión moderna la conjunción del título y subtítulo que encabezan esta obra. ¿Acaso "seguir a la Divinidad" no parece lo más opuesto a la esencia misma de la racionalidad que se espera hallar en la cuna de la filosofía? De una parte, seguir a la Divinidad, acción voluntaria de sometimiento y de imitación de lo divino, parece condensada definición de la religiosidad. De otra, el espíritu de la filosofía antigua evoca la quintaesencia, el principio y nacimiento del *lógos* o razón que emerge desde las brumas míticas. ¿Cómo cabe identificar cosas que hoy parecen a muchos tan radicalmente contradictorias? Sin embargo el título no podía ilustrar mejor el contenido de la obra.

Si mal no entiendo, lo que este libro considera paradójico es precisamente que pueda hoy tenerse por "paradójico" su título. La inspiración que lo preside radica en la contraposición entre, el concepto moderno de filosofía, empeñada en diferenciarse cuidadosamente su dominio y el de la religión, y la noción griega de filosofía. Pues, a ojos de los helenos, la filosofía es contemplación teórica de la naturaleza y de sus principios primeros, entre los cuales se halla lo divino, de modo que para ellos no existe oposición entre teología y filosofía. Tiene, además, un lado práctico, derivado del teórico, en cuanto es un estilo de vida y camino de salvación. Porque los antiguos entendían, "*no sin razón, que una verdadera visión de Dios o*